

# Antología analítica de la poesía del siglo XX

Escribe: JORGE ZALAMEA

El ensayo de Jorge Zalamea que se publica aquí, es el primer esbozo de uno de los capítulos de la *Antología analítica de la poesía del siglo XX*, considerada por su autor como la obra más importante que haya realizado hasta ahora en el campo de la investigación literaria. Las traducciones de los textos que ilustran las tesis de Zalamea son obra de él mismo.

— I —

## EL POETA ANTE DIOS

No hay que cansarse de repetir que nuestro siglo es el resultado y el compendio de las más contradictorias tendencias, opiniones y reacciones de la condición humana. En la historia de nuestra especie, jamás tejieron una más complicada trama las manos laboriosas, las mentes puras y los corazones generosos, en competencia con las manos ávidas, las mentes concupiscentes y los yertos corazones.

Sin incurrir en maniqueísmo, es menester decir que en este siglo nuestro se ha precipitado y exagerado el combate eterno entre la luz y las tinieblas. La inteligencia del hombre ha superado todos los mitos proféticos: Prometeo, Icaro, Teseo, Hércules y hasta el mismo Orfeo. El dominio del fuego nuclear, ha hecho del prisionero del Cáucaso un aprendiz de pirotécnico; los astronautas han reducido a Icaro a la cerosa caricatura del ambicioso prematuro; los prospectores y explotadores del petróleo y el uranio han puesto en ridículo la búsqueda del vellocino de oro; los trabajos de Hércules son poca cosa si se les compara con los de Joliot-Curie, Einstein, Oppenheimer, Planck y todos los demás grandes barrenderos de los establos de la ignorancia y grandes desbornizadores de los viejos prejuicios de nuestras tribus. Y el propio Orfeo no descendió nunca a infiernos semejantes a los descritos por James Joyce, Marcel Proust, Thomas Mann o Robert Musil.

Pero paralelamente a estas portentosas hazañas de la inteligencia, a este impetuoso avance del conocimiento, a esta infatigable creación de ins-

— 5 —

trumentos favorables a la salud, al bienestar y al mejoramiento espiritual del hombre —en la zona de tinieblas no han sido menores los crímenes que las hazañas realizadas en las comarcas de la luz—.

Los hombres de codicia, los hombres poseídos por la ambición de poder, los hombres de corazón yerto, los hombres de especulación, los hombres de explotación —han logrado poner a su servicio la técnica y la ciencia creadas o perfeccionadas por los más puros y altos espíritus de nuestro siglo con muy distintos objetivos—.

Hagamos un repaso, que seguramente resultará incompleto, de las guerras que se han librado entre sí los hombres durante las primeras siete décadas del siglo XX: la guerra ruso-japonesa, la de los Balkanes, la primera guerra mundial, la del Chaco, la de Conchinchina; la guerra civil de España, la guerra civil de China; la segunda guerra mundial, las guerras de Argelia, Corea y Viet-Nam. Y aún habría que añadir las guerras solapadas: la represión en Irlanda, la represión en Madagascar, la represión en Kenya, la represión en el Congo belga, la represión en Angola, la represión en Indonesia. Y todavía más: la guerra entre Pakistán y la India; la guerra de los blancos contra los negros en la república Sudafricana; la guerra de los mismos blancos contra los mismos negros en los Estados Unidos; las guerras intestinas de Creta y Chipre; la agresión armada de los Estados Unidos a México en 1914; la agresión armada de los Estados Unidos a los patriotas de Sandino en Honduras; la ocupación militar de Santo Domingo por los Estados Unidos; la agresión disimulada a Guatemala.

Como bien puede verse, no hay un año siquiera entre los transcurridos del siglo, que no esté empañado por la sangre, transido por las lágrimas, lacerado por la violencia. Y en todas esas guerras, en escala ascendente, se han venido empleando las mejores y más grandes conquistas de la ciencia y la técnica.

Algunos inmerecidos privilegios me ha otorgado la vida. Entre ellos, el de haber tenido la benévola confianza de Joliot-Curie. Nunca podré olvidar ese rostro de mejillas enjutas bajo la empinada frente y en el cual los ojos pesquisidores equilibraban con la generosidad de los labios francos lo que pudieran tener de impertinentes o desdeñosos. Muchos años antes de su muerte, se sabía roído irremediablemente por el elemento cuya actividad había descubierto y aplicado a la ciencia y a la técnica: el radium. Con una precisión impresionante describía los avances del mal en su cuerpo y anticipaba la hora de la rendición. Pero no era su propia inmolación la que le preocupaba. Sino el terror inanerable, justificado por los hechos, de que sus descubrimientos fuesen empleados por los poderosos de la tierra, no en beneficio del hombre como habían sido su deseo y sus propósitos, sino en su destrucción. Era, en verdad, un terrible espectáculo ver y oír a aquel hombre excepcional sudando y gimiendo en las quejas que se formulaba a sí mismo. Y tal fue también la tragedia de Einstein y la de Oppenheimer, sindicado este último de traidor por sus escrúpulos de gran hombre que quería ser un donante de vida y no un asesino de pueblos.

Pues toda aquella mortandad, toda aquella destrucción de las obras humanas, toda aquella inundación de sangre, lodo y lágrimas, el sufrimiento

todo de la humanidad entera eran, en gran parte, obra de una monstruosa perversión de los objetivos de la ciencia por ellos creada. Y, para mayor irrisión y más grave agravio, resultaba que la tragedia de los pueblos servía para multiplicar los beneficios de los productores de petróleo y de acero, de los fabricantes de fusiles y cañones, de los armadores de barcos y aviones de guerra, de los ingeniosos y mortíferos pertrechos con que se agobiaban los hombros de los jóvenes enviados al encuentro con la muerte: con la suya propia o con la de su hermano adversario.

Pero con ser tan abominable este crimen de los poderosos contra los humildes, acaso en nuestro siglo se haya cometido un pecado más imperdonable aún contra la humanidad.

También la técnica y la ciencia han logrado en nuestro tiempo duplicar la expectativa de vida del ser humano, y multiplicar las cosechas, y ampliar las perspectivas y facilidades del bienestar y del ocio fecundo. Pero se trata de un nuevo miraje; pues, paralelamente a esas admirables conquistas del ingenio humano, se ha consentido que centenares de millones de hombres mueran por hambre en Asia, en Africa, en la América Latina. Mientras la hambruna barría con pueblos enteros, los poderosos de la tierra —para defender sus utilidades— vertían por las alcantarillas de las grandes ciudades, ríos de leche, arrojaban al mar montañas de trigo, convertían el café en combustible para las calderas de sus fábricas, sus barcos y sus locomotoras, supernutrían a sus cerdos con los granos y legumbres que negaban a los hombres que no tenían cómo pagarlos. Y este crimen continúa, este crimen no ha cesado.

Es posible que mis lectores se pregunten qué tiene que ver este preámbulo con el tema: **El poeta ante Dios**. Mas parece que les sometiese a una disertación sociológica, política o moral. Pero, en realidad, lejos de apartarme del tema lo que he tratado de hacer es prepararlo para su mejor comprensión.

Para mí es evidente que las abismales contradicciones de nuestro siglo han producido en el innato espíritu religioso del hombre conmociones y transformaciones de una profundidad y extensión apenas sospechables. De las cuales el primero que parece haber medido sus eventuales consecuencias, fue el Papa Juan XXIII.

Desde la primera etapa de nuestra expedición por los predios de la poesía del siglo XX y en el curso de las sucesivas, he procurado demostrar que el poeta, cuando es auténtico y grande, es siempre testimonio y vocero del hombre. Que unas veces, como espejo, lo reproduce en sus anhelos, inquietudes, goces y dolores; que otras, como profeta, anticipa las muchas vicisitudes y las escasas glorias de la especie; que otras veces —como lo veremos en la etapa de nuestro viaje—, es el abanderado de sus rebeldías y el pregonero de sus reclamos y sus quejas.

Ese testimonio del poeta, testimonio permanente, no podía hallarse ausente de la crisis producida en el sentimiento religioso por las contradicciones de nuestro siglo. Es claro que los testigos de esa crisis se expresarán en formas muy diversas. Desde la fe reverencial de Paul Claudel hasta el desafío de Louis Aragón, encontraremos una muy vasta gama de

matices, de tonos, de interrogantes, de respuestas y, en su conjunto, la expresión que, cronológicamente, se irá haciendo cada vez más directa de la confusión espiritual del hombre.

Paul Claudel —a quien espero que nuestros críticos y poetas subdesarrollados reconozcan el derecho que tuvieron un rey Salomón, un Walt Whitman o un Saint-John Perse de escribir su poesía en forma versicular—. Claudel, digo, se acerca a Dios por los senderos de la Biblia y repite con Ruth la eterna, la inmensa queja de los sedientos y los hambrientos. La evocación de Ruth en la primera parte del poema consagrado al Cristo eucarístico, le permite a Claudel establecer un admirable contrapunto entre los duelos y lamentaciones del Antiguo Testamento y las consolaciones amorosas del Nuevo. Aunque en la expresión aparezca a trechos cierto formalismo que contrasta con auténticas expresiones pasionales y aunque el poeta esté cegado por los inmateriales rayos que, para el creyente, irradian de la hostia —ya parece anticipar Claudel ciertas exigencias de lo humano ante lo divino—.

He aquí el texto de su **Himno del Santo Sacramento**:

*Las largas seis jornadas han finido: la obra de la cosecha hecha está.  
Toda cebada y trigos abatidos, la paja en tierra con el grano,  
las seis jornadas de la cosecha están hechas y el séptimo es mañana,  
y ya las tropas de trabajadores han llegado para la fiesta a  
Belén, "Casa del pan".*

*Esta noche, Booz el rico quedó solo en su campo.  
Hombre temeroso de Dios, corazón recto que la prudencia habita.  
Bienaventurado que para el mísero y la viuda es claro,  
y cuyos segadores inexactos dejan a sus espaldas  
espigas para la espigadora moabita.*

*Mientras tendido está sin sueño en mitad de la inmensa cosecha preparada  
contemplando la luna llena del sábat, la noche jubilar y consagrada,  
he aquí que siente a su lado como un tímido perro que lo roza:  
y Ruth, la espigadora, habiéndose lavado y adornado,  
reposa la cabeza en el cuenco de su hombro.*

*"¿Qué quieres de mí, hija? Ya ves que soy un viejo solitario.  
Largos días he vivido antes que tí y ahora está gris mi barba.  
Anda, Ruth, hacia el hermano de tu marido, como lo quiere la ley mosaica".  
Sin levantar los ojos, Ruth le responde:  
"A la sombra de Aquel que mi corazón deseaba, me senté".*

*También nosotros, oh Dios mío, vemos que estás solitario y abandonado.  
Como un anciano en mitad de esos transeúntes de un día, esos mozos  
ocupados y frívolos.  
Pero porque gustamos la miel de Tu bondad que todo sabor mejora,  
inclinando la cabeza sobre Tu hombro, te ofrecemos con un corazón  
demasiado colmado para tener palabras  
esta pobre cosa que podemos dar.*

¡Dádnos de comer, hombre rico de la "Casa del pan"!  
¡Recibe para siempre a la Extranjera en Tu mansión!  
¡Demasiado lejos estamos de Tí en nuestra sed y en nuestra hambre!  
¡Que ya para nunca nos falte, sustraída a la envidia del publicano,  
la gratuita espiga ahorrada por Tu segador.

Dádnos hoy nuestro pan supersustancial.  
Harto estoy de ese maná de una mañana, de ese pan que se va en sombra  
y figura  
Hartos estamos del sabor de la carne y de la sangre, de la leche, de las  
frutas y la miel.  
Arbol de vida, dádnos el pan verdadero.  
Tú mismo eres mi alimento.

Booz engendró en Ruth a Obed de quien nacieron David y los Reyes.  
Es ahora a mí a quien Tú escoges, rechazando a Jerusalem y a Samaria.  
¡Oh pan de los Angeles, cuánto sufriste la muela y la cruz,  
antes de recibir yo, a mi vez, con el corazón fundido de ternura y de espanto  
esa carne que recibiste de María!

¡Gusto, pues, de Tí! ¡Santo de los santos, gustas de mí, pecador!  
¡Oh igualdad del amor! ¡oh palabra incomunicable!  
¡Oh comunión Contigo! ¡instante de mi corazón en tu corazón!  
Mano derecha de mi Dios que me atrae y mano izquierda de mi Salvador  
bajo mi cabeza que la vergüenza abruma.

¡Terrible silencio de mediodía al que solo responde Tu nombre!  
¡Oh guardias de Jerusalem, que ninguno de vosotros me despierte o me  
llame!  
¡Oh fe que trasciende el sentido! ¡aclamación de la oración escuchada!  
¡Oh verdadero amigo, Tu nombre es como un perfume esparcido!  
"Quédate como un sello sobre mi brazo y como un ramo de mirra sobre  
mis tetillas!"

Vale más un instante Contigo que mil días en las plazas humanas.  
Para nosotros es bueno permanecer en Tu presencia considerable.  
Me llamas, Verbo de Dios, que eras ayer y mañana,  
y he exclamado levantando las manos:  
"Pasaré hasta el sitio del tabernáculo admirable".

¡Pero también yo tendré parte en Tu cáliz!  
¡Me purificarás y seré puro como el lino deslumbrante!  
Señor, que Tu voluntad se haga y no la mía.  
Pero también, subiendo con Tu sacerdote al altar del sacrificio  
¡lavaré mis manos entre los inocentes!

¡Entraré al altar de Dios, hacia el Dios que regocija nuestra juventud!  
Júzgame y discierne mi causa de la raza de Edom y de Amalec.  
Bienaventurado quien lejos de los hombres senicentes recibe su parte con  
Tu promesa,  
y cuyas manos santas y venerables elevan las dos Especies,  
tu sacerdote siguiendo para siempre el orden de Melchisedec!

¡Que se eleven ante Tu trono en olor de suavidad!  
Recibe la sangre del Cordero inmolado desde la creación del mundo,  
anciano, que la sangre de Abel conmueva las entrañas de Tu paternidad,  
Esa sangre que clama con muy fuerte clamor por nosotros, que Tu ves  
abrios y encenegados,  
¡pobres hombres, en nuestra profunda estupidez!

Recibe este sacrificio que Te ofrecemos por los vivos y los muertos.  
Haciendo memoria primero de nuestros más próximos y yo de mi padre  
y mi madre,  
de mi esposa y de mis dos hijos y de todos aquellos a los que he agraviado.  
Igualmente, de todos los fieles difuntos que su culpa retiene todavía  
cautivos en el lago de miseria.  
Viejo Pelicano que sufres ante nosotros Tu crucifixión,  
administrada por los ángeles llorosos que Te llevan patena y vaso,  
dános la puerta de Tu flanco como al Centurión,  
a fin de que nos estés abierto y que en Tí unamos  
nuestra naturaleza a Tu Hipostasia.

En Tí toda criatura recibió su consumación.  
Con el afán de nuestras manos hemos hecho de ese fruto vano y de  
esta hierba  
el trigo que vegetan los fuertes, el racimo que embriaga a Sion,  
y ahora bajo la viña crucificada, en ese término de nuestro surco  
levantamos una suntuosa mesa!

Señor, Tu ves este universo que para consumirlo nos has dado.  
Todo ha pasado, cielo y tierra, por este pan que me nutre.  
Consume, pues, a tu vez, ese hombre que Tu conformaste,  
y come, por fin, con nosotros en el pan y en el vino redimidos  
esta Pascua que deseaste con gran deseo!

Los siglos pasados y futuros Te son espectáculo eterno.  
Lo véis todo, invisible en el fondo de esta iglesia sombría y vieja.  
Concédenos una vez el verte en el centro de Tu milagro, en la festividad  
del Corpus, cuando el sacerdote abriendo Tu tabernáculo  
lleva entre sus manos el sol!

Como el astro, cuando elevándose sobre la tierra, atrae toda cosa hacia sí,  
así ese sol de dulzura que el sacerdote en la amplia mantilla de seda  
aporta como un recién nacido.  
¡Bienaventurado el vientre que Te concibió y el seno que Te nutrió!  
Soy como el Ciego-nato que en la nada y la noche  
reconoce la presencia del Cordero.

Causa invisible, ven a ver este mundo que Tú hiciste.  
Ya no estás, como antaño, oculto por el trueno y por la nube.  
Cuatro notables cándidamente tienen Tu pobre palio,  
mientras que Tu, Tu avanzas, radiante sobre los buenos y los malos  
a través de las calles de nuestra aldea.

*Lo jurásteis a los padres de nuestras tribus con un gran juramento,  
cuando tu Arco iris apareció sobre la tierra clara y purgada:  
He aquí que estoy contigo y vuestros hijos todos los días de mi Testamento.  
Y en la bondad de Tu Sacramento renuevas con nosotros  
esa fe en la cual Tu nos comprometiste.*

*El herético solo sabe romper por la violencia, separar siempre y separar  
de nuevo,  
aplicando su maligna crítica a cada trozo mutilado: su obra.  
Ha puesto a Dios de un lado y al hombre de otro lado.  
El mundo, para él, sin deber, liberado de Tu unidad,  
retorna a la caótica atonía.*

*Dios, por lejano que Tú estés de nosotros, a Tí estamos unidos por el amor,  
no hay separación de los miembros en la cabeza mística.  
Sabemos que cada cosa es diferente por amor,  
invitas a todos los seres que tienen de Tí su por y su para  
a la comunión eucarística.*

*Tú mismo nos dijiste que puedo comer de Tu carne.  
Escrito está. ¡No he sido yo quien lo ha inventado!  
¿Por qué habría de dudar, siquiera un momento, siendo Tu palabra tan  
clara?  
Se solitario, oh Dios mío, pues para mí no es cosa mía,  
responsable de tal enormidad.*

*El olor del incienso se mezcla al de las flores y los henos.  
El racimo y la espiga están formados para el sacrificio y la Misa.  
Para nosotros ha llegado el tiempo de ir un poco más lejos.  
Señor, ¡cuán bello era Tu mundo! pero el cielo no lo es menos.  
Venid, nos dice la sabiduría.*

*Me has abrumado con Tus beneficios a mí, que soy ingrato y pecador.  
Es posible que otro encuentre que Tu yugo es pesado.  
Pero yo solo he conocido Tu bondad y jamás Tu rigor.  
Tengo Tu mano en la mía, se que eres mi Redentor  
y reiré en mi último día!*

*¡Quédate conmigo, en este día de guerra y de peligro!  
¡Mira a Tu servidor que no es muy bravo ni valiente!  
¡Oh amo mío, dame a comer de ese pan!  
¡Y ni los hombres, ni el infierno, ni Dios mismo podrán arrancar  
tu cuerpo que poseo entre mis dientes!*

\* \* \*

La composición de este himno claudeliano puede situarse entre 1913 y 1914. Es, pues, anterior a la primera guerra mundial. Quince años más tarde, Federico García Lorca toma el mismo tema de la eucaristía para escribir en Granada, en el verano de 1928, los fragmentos de su *Oda al Santísimo Sacramento del Altar*. Por gran fortuna, tengo algunos docu-

mentos muy valiosos sobre la génesis y el desarrollo de esta obra. En una de sus cartas, me dice Federico: "Estás en una triste edad de duda y llevas un problema artístico auestas que no sabes como resolver. No te apures. Ese problema se soluciona solo. Una mañana empezarás a ver claro. Lo se. Me apena saber que te pasen cosas malas. Pero debes aprender a vencerlas sea como sea. Todo es preferible a verse comido, roto, machacado por ellas. Yo he *resuelto* estos días con voluntad uno de los estados más dolorosos que he tenido en mi vida. Tu no puedes imaginar lo que es pasarse noches enteras en el balcón viendo una Granada nocturna, *vacía* para mí y sin tener el menor consuelo de nada. Y luego... procurando que tu estado no se filtre en tu poesía, porque ella te jugaría la trastada de abrir lo más puro tuyo ante las miradas de los que no deben *nunca* verlo. Por eso por disciplina, hago estas *academias* precisas de ahora y abro mi alma ante el símbolo del Sacramento, y mi erotismo en la *Oda a Sesostris*, que llevo mediada. Te hablo de esas cosas, porque tu me lo pides; yo no hablaría más de lo que, exterior a mí, me hiere de lejos de una manera segura y sapientísima. ¡Pero me defiendo! Soy más valiente que el Cid (Campeador). Esta *Oda a Sesostris* te gustará, porque entra dentro de mi género *furioso*. La *Oda al Sacramento* está ya casi terminada. Y me parece de una gran intensidad. Quizá el poema más grande que yo haya hecho. La parte que hago ahora (tendrá más de trescientos versos en total), es *Demonio enemigo del alma*, y eso es fuerte.

Federico cita luego cuatro estrofas y las comenta así: "Me parece que este *Demonio* es bien demonio. Cada vez esta parte se va haciendo más oscura, más metafísica, hasta que al final surge la belleza cruelísima del enemigo, belleza hiriente, enemiga del amor". Pocos días después, en otra de las cartas que me escribía a Madrid, Federico insiste: "Estoy enfrascado en la *Oda al Santísimo Sacramento del Altar*. Es difícilísima. Pero mi fe la hará". Y cita a continuación los versos que había escrito últimamente, comentando: "Este verso: El unicornio quiere lo que la rosa olvida, me gusta mucho. Tiene un encanto poético indefinido de conversación borrada".

No obstante su evidente entusiasmo por este poema, Federico no lo concluyó nunca. Los trescientos versos que calculaba en total, quedaron reducidos a 92 y, no obstante algunas veladas alusiones hechas en sus cartas, parece que jamás escribió la parte dedicada a la *Carne*, el tercer enemigo del hombre. En su estado fragmentario, la *Oda* comienza con una *Exposición*, sigue con la presentación del *Mundo* y concluye con la admirable interpretación del *Demonio*.

He aquí el texto:

## ODA AL SANTISIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

(Fragmento)

Homenaje a Manuel de Falla



*Cantaban las mujeres por el muro clavado  
cuando te ví, Dios fuerte, vivo en el Sacramento,  
palpitante y desnudo, como un niño que corre  
perseguido por siete novillos capitales.*

*Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.  
Punzado por tu Padre con aguja de lumbre.  
Latiendo como el pobre corazón de la rana  
que los médicos ponen en el frasco de vidrio.*

*Piedra de soledad donde la hierba gime  
y donde el agua oscura pierde sus tres acentos,  
elevan tu columna de nardo bajo nieve  
sobre el mundo de falos y ruedas que circula.*

*Yo miraba tu forma deliciosa flotando  
en la llaga de aceites y paño de agonía,  
y entornaba mis ojos para dar en el dulce  
tiro al blanco de insomnio sin un pájaro negro.*

*Es así, Dios anclado, como quiero tenerte.  
Panderito de harina para el recién nacido.  
Brisa y materia juntas en expresión exacta,  
por amor de la carne que no sabe tu nombre.*

*Es así, forma breve de rumor inefable,  
Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno,  
repetido mil veces, muerto, crucificado  
por la impura palabra del hombre sudoroso.*

*Cantaban las mujeres en la arena sin norte  
cuando te ví presente sobre tu Sacramento.  
Quinientos serafines de resplandor y tinta  
en la cúpula neutra gustaban tu racimo.*

*¡Oh Forma sacratísima, vértice de las flores,  
donde todos los ángulos toman sus luces fijas,  
donde número y boca construyen un presente;  
cuerpo de luz humana con músculos de harina!*

*¡Oh Forma limitada para expresar concreta  
muchedumbre de luces y clamor escuchado!  
¡Oh nieve circundada por témpanos de música!  
¡Oh llama crepitante sobre todas las venas!*

*Agnus Dei qui tollis peccata  
mundi, Miserere nobis.*

*Noche de los tejados y la planta del pie,  
silbaba por los ojos secos de las palomas.  
Alga y cristal en fuga ponen plata mojada  
los hombros de cemento de todas las ciudades.*

*La gillete descansaba sobre los tocadores  
con su afán impaciente de cuello seccionado.  
En la casa del muerto, los niños perseguían  
una sierpe de arena por el rincón oscuro.*

*Escribientes dormidos en el piso catorce.  
Ramera con los senos de cristal arañado.  
Cables y media luna con temblores de insecto.  
Bares sin gente. Gritos. Cabezas por el agua.*

*Para el asesinato del ruiseñor, venían  
tres mil hombres armados de lucientes cuchillos.  
Viejas y sacerdotes lloraban resistiendo  
una lluvia de lenguas y hormigas voladoras.*

*Noche de rostro blanco. Nula noche sin rostro.  
Bajo el sol y la luna. Triste noche del mundo.  
Dos mitades opuestas y un hombre que no sabe  
cuándo su mariposa dejará los relojes.*

*Debajo de las alas del dragón hay un niño.  
Caballitos de cardio por la estrella sin sangre.  
El unicornio quiere lo que la rosa olvida,  
y el pájaro pretende lo que las aguas vedan.*

*Solo tu Sacramento de luz en equilibrio  
aquietaba la angustia del amor desligado.  
Solo tu Sacramento, manómetro que salva  
corazones lanzados a quinientos por hora.*

*Porque tu signo es clave de llanura celeste  
donde naípe y herida se entrelazan cantando,  
donde la luz desboca su toro relumbrante  
y se afirma el aroma de la rosa templada.*

*Porque tu signo expresa la brisa y el gusano.  
Punto de unión y cita del siglo y el minuto.  
Orbe claro de muertos y hormiguero de vivos  
con el hombre de nieves y el negro de la llama.*

*Mundo, ya tienes meta para tu desamparo.  
Para tu horror perenne de agujero sin fondo.  
¡Oh Cordero cautivo de tres voces iguales!  
¡Sacramento inmutable de amor y disciplina!*

#### DEMONIO

*Honda luz cegadora de materia crujiente,  
luz oblicua de espadas y mercurio de estrella,  
anunciaban el cuerpo sin amor que llegaba  
por todas las esquinas del abierto domingo.*

*Forma de la belleza sin nostalgias ni sueño.  
Rumor de superficies libertadas y locas.  
Medula del presente. Seguridad fingida  
de flotar sobre el agua con el torso de mármol.*

*Cuerpo de la belleza que late y que se escapa.  
Un momento de venas y ternura de ombligo.  
Amor entre paredes y besos limitados,  
con el miedo seguro de la meta encendida.*

*Bello de luz, oriente de la mano que palpa.  
Vendaval y mancebo de rizos y moluscos.  
Fuego para la carne sensible que se quema.  
Níquel para el sollozo que busca a Dios volando.*

A mi entender, con esta *Oda* realiza García Lorca en la poesía mística la misma revolución promovida por Eliot en la poesía erótica. La solemnidad ritual de Claudel y su inspiración bíblica, son reemplazadas por una efusión directa de los más simples sentimientos humanos. La adoración es reemplazada por la ternura. Los terrores metafísicos del espíritu, por los terrores concretos de la vida inmediata. Los grandes símbolos sagrados son transformados por el poeta en imágenes crudas que hieren y golpean más acertadamente nuestro corazón. El Dios sacramentado es “un niño que corre, perseguido por siete novillos capitales”; es un “panderito de harina para el recién nacido”; es “Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno”.

Todo el lenguaje cambia, adaptándose maravillosamente a nuestra realidad, ajustándose a nuestra actualidad, desposándose con nuestro mundo. Con una audacia que acaso indignara a los beatos, pero que entenderían los teólogos como una profunda definición del consentido sacrificio del Hijo, dice García Lorca:

*Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.  
Punzado por tu Padre con aguja de lumbre.  
Latiendo como el pobre corazón de la rana  
que los médicos ponen en el frasco de vidrio.*

Y al ofrecer al mundo descompuesto, dividido, caótico, apenas comprensible la solución divina, lo hace con la lengua y las metáforas que corresponden a nuestro tiempo:

*Solo tu, Sacramento de luz en equilibrio  
aquietabas la angustia del amor desligado.  
Solo tu, Sacramento, manómetro que salva  
corazones lanzados a quinientos por hora.*

No olvidemos que entre el himno de Claudel y la *Oda* de García Lorca había sobrevenido la primera guerra mundial. El espíritu del hombre ya no era el mismo de antes. Aunque los dos grandes poetas se inspiraran en el mismo tema, su interpretación tenía que ser fundamentalmente distinta.